

Así, también diré que una ancianidad de ochenta y tres años, once meses y diez días; ancianidad á todas luces buena, como fruto de la filosofía de la Iglesia, ha conducido al sepulcro el cadáver de este padre piadoso, que deja igualmente sobre la tierra una familia dilatada: *Mortus est in senectute bona*. Doy principio; mas ofrezca por su descanso una breve oración.

§ I.

Todos los esfuerzos del Crisóstomo, ya tronando desde los púlpitos de Antioquia, ya instruyendo en los de Constantinopla, se encaminaban á que tratasen los cristianos de filosofar en orden á las grandezas de este valle de lágrimas. ¡Con qué energía declama contra el orgulloso Eutropio, ministro privado del emperador Arcadio en la corte de Constantinopla (y en el mismo lance de proteger su vida), porque no habia hecho el uso conveniente de esta máxima! Pero ¡con qué adhesión, tan fina, tan cordial, miraba al reflexivo y devoto Amancio, gran ministro de Estado en la misma corte, viéndole perfectamente poseído de tan bellas exhortaciones!

Mas, según observo, estoy por sostener que el padre de un ministro, que hace ruido en las cortes de Europa, no tenía necesidad de la lengua ni del fuego del Crisóstomo. Su genio, su paz, sus luces, su hombría de bien y el cristianismo bien penetrado, parece, según todo su exterior, que le hizo abrazar desde luego este bello elemento, y no menos fundamental, de la filosofía cristiana: *Qui utuntur hoc mundo tanquam non utantur* (1). San Pablo, divinamente inspirado, lo dió á luz, y la serie de acaecimientos que visitaron su casa, su persona, su larga edad y su digna familia, hace ver que jamás lo perdió de vista.

El apóstol de las gentes no prohibe gozar, ó los honores, ó las dignidades, ó los títulos, ó los inciensos, ó los tesoros. Prohibe, sí, una inquieta solicitud, una sed ardiente, que no perdona los más extremados desvelos. Prohibe que, en el hecho de disfrutarlos, quede prisionero y cautivo el corazón, fijando en ellos su gloria y su último fin. Pretende que un potentado sea el filósofo de su religión, derramándose en beneficio de sus semejantes. Entre los orientales era un grande del mundo, tanto en honor como en riquezas, aquel solícito padre de siete hijos y tres hijas, el santo Job. Mas ¿cómo filosofaba esta alma inocentísima? *Dominus dedit*. El Señor ha enviado este cúmulo de felicidades á mi casa. ¿Padecena naufragio sus prosperidades? No muda de sistema. Inalterable viene á exclamar: *Dominus abstulit*. El mismo Señor, que las habia concedido, ha tirado de ellas.

(1) *Ad Cor.*, cap. vii.

Mortus est in senectute bona.
(Gen., cap. xxvi.)

Hoy se cuenta el octavo de los días consagrados á los funerales que se tributan á la buena y compasiva memoria de aquel venerable anciano y sacerdote respetable, el señor don Josef Moñino y Gomez. Hace ocho días que sus miembros tienen estrecho comercio, en las entrañas de la tierra, con la tierra misma. Ya dió principio á resolverse en polvo el polvo frágil de sus carnes. Ya (según la frase de Job) aquella su lengua está en sabia conversacion, diciendo á la podre más humillante y horrenda: «¡Oh corrupcion! tú eres mi padre natural; *Putredini dixi, Pater meus es tu.*» También protesta á los gusanos que le rodean: «Vosotros sois mi madre y mis hermanos; *Mater mea, et soror mea vermibus.*»

Mas no son éstos los coloquios de su alma. Es inmortal. Hoy retiene la misma vida. Aquella con que, informando á su cuerpo, le comunicaba vitales movimientos. Ignoramos su destino; mas la esperanza desde luego persuade estar en carrera de salvacion, y para que prontamente sea ciudadana entre los ángeles y bienaventurados, se multiplican, ya sacrificios, ya el canto de los salmos, ya lúgubres y patéticas armonías de música devotamente religiosa.

Si en dictámen de san Agustín y de su fiel discípulo el Angélico, sirve la música al consuelo de familias interesadas en el honor de sus difuntos, también la limosna, que sostiene los ministros de esta profesion, hace el refrigerio de las almas, según el pensamiento del mismo Angélico. Si esta multitud de antorchas que rodean su tumba elevada no valen para el sufragio, valen, á lo menos, para conocer que ha muerto el señor Moñino en la confesion de la fe divina, á quien llama David la antorcha de sus piés. Si el incienso que se tributa á los difuntos no alivia sus penas, es útil á los fieles para entender que se les da en atención á que sus propios cuerpos fueron el templo vivo del Espíritu Santo, quien habitó dentro de ellos, mediante las aguas del bautismo.

En suma, todo este serio aparato de luces que brillan, de inciensos que humean, de misas y oraciones armoniosas que resuenan, se debe al decreto de la ciudad; ciudad distinguida entre las de España por siete coronas, y no menos florida que opulenta, que política, que afecta á la casa reco-

mendable, hoy revestida de lutos tristísimos; ciudad, por último, llena de fe no menos santa que apostólica, que romana.

Los miembros deben servir á la ciudad, y debe la ciudad premiar sus miembros. Murcia distingue los suyos, aun cuando ya dejaron de serlo. Ya no lo es el circunspeto anciano, que ha volado (como es verisímil) para alistarse su nombre en otra ciudad, que es la de Jerusalem, ó espera, por lo menos, alistarse brevemente. Y en orden á estos designios, nuestra ciudad, sus magistrados, su orden senatorio, no dedica á la memoria del difunto, ó estatuas, ó inscripciones, ó juegos gladiatorios, ó cenas de sacerdotes epulones, según el genio de nuestras ciudades cuando eran no menos profanas que gentiles. Consagra, sí, y hace consagrar por sacerdotes, la cena del Cordero, que borra los pecados del mundo y redime las almas del purgatorio.

Se digna querer también articule yo acentos sobre los sucesos de la vida de este su digno ciudadano; que, en suma, es apetecer le mortifiquen mis labios; mas con el fin sin duda de que, acrisolada su alma de las reliquias del pecado, vuele con celeridad á la patria. Esto significa no haber juzgado á propósito servirse del celo, sólida y fina elocuencia de los Masillones, Bourdalues, Flecheres, Tornés, La Rues, Dijones, Duperrines, que alimenta dentro del seno. Padecerás, pues, ¡oh respetable anciano! bajo del yugo de la tibieza nativa que me oprime. Mas ¡oh, qué antorcha! y es la fe de este gran concurso, que no necesita de espuela; ántes sabrá aliviarte, consiguiendo del Altísimo, en desagravio, las respiraciones que solicita un alma del purgatorio, ó bien incrementos de gloria.

Para colegir que un alma está en carrera de salvacion, admiten los teólogos, con los padres, sus ciertas probabilidades. No las perderé de vista. Mas todas se cifran en esta palabra: *filosofía cristiana*. Yo descubro, en el público tenor de vida que hizo el difunto, un filósofo cristiano. Parece que pudo decir al Señor: «Tu ley divina ha servido á mi discurso y á mi razon; *Lex tua, meditatio mea est.*» Y por esta su práctica debo reproducir lo que pronunció el Espíritu Santo en elogio de otro sacerdote, anciano venerable, y no menos verdadero padre de una familia numerosa: *Mortus est in senectute bona*.

Y ¿fué ésta, por ventura, la filosofía práctica del señor Moñino? No puedo dudar, si considero el tenor de sus acciones en lo próspero y en lo adverso. Según ellas, descubro en su persona el filósofo cristiano. Lo es, en efecto, respecto de sí, de sus ciudadanos y de su Redentor. Respecto de sí, porque se amó á sí mismo; respecto de sus ciudadanos, porque los amó; y respecto de Jesucristo, porque ha dejado vestigios de ser discípulo de su amor.

§ II.

No serán pocos los que admiren alegue yo por demostracion de filosofía cristiana el amor de sí mismo, el amor propio. Estoy, sin embargo, lejos de retractarme. Toda la moral condena el amor desordenado de sí mismo; el amor propio que hace pensar más en los deleites de la carne que del espíritu, más en los triunfos de una gloria terrena que en los preciosos de la inmortal, más en los arbitrios, manejos, ardidés, cábalas, para conseguir lo que acomoda, lo que hace brillar; ménos en las operaciones que conquistan por su gran mérito las felicidades, que jamás se marchitan. Pero el amor de sí mismo, que profesa en el retrete de su habitacion el filósofo anciano de quien hablo, es muy diferente en todo su aspecto.

Se ama á sí mismo, no con amor delincuente, sino con el que santifica toda la filosofía de la naturaleza; el que recomienda la moral, el que únicamente canoniza el Evangelio, ó por sus labios el Autor del Evangelio. Si fuera éste un amor réprobo y destructor, no le designaria el Maestro de los hombres por norma de amar á los hombres. Mas lo dió en efecto al pronunciar: «Así como te amas á ti mismo, así has de amar al resto de los mortales; *Diligis proximum tuum sicut te ipsum.*»

Yo, pues, no descubro desorden relativo al amor que profesó de sí mismo nuestro filósofo, natural y cristiano. Guadalupe, ó por otro nombre Maciascoque, pequeña poblacion de la vega de Murcia, da su cuna á este Josef, como al de su nombre una pequeña aldea de Palestina. Nace por el año 1702. El 3 de Abril renace por el bautismo, aprecia este segundo nacimiento y mira con desden el primero. La decadencia de su casa no podia arruinar su origen esclarecido. Pero ¡qué! ¿nuestro filósofo habla jamás de su origen? San Mateo describe la ilustre prosapia de san Josef: *Jacob autem genuit Josef*. El nuestro jamás hace memoria de la suya. Aquel Josef estaba como oscurecido y eclipsado. Las riquezas no fueron su patrimonio. Ved aquí el motivo. Mas al filósofo Josef en ninguna de sus vicisitudes se le oye decir: *Yo soy* del valle de Moñino, situado en las montañas. La orden de la Banda y de Santiago, con sus encomiendas, están en el pecho del duodécimo y décimotercio de mis abuelos. El décimo fué mayordomo, y toda la confianza del ter-

cero de los Enriques. Mis enlaces son positivos con las casas de Manrique de Lara, de Enriquez, de Guzman, que es decir, con lo más acrisolado de la grandeza. Soy consanguíneo del gran patriarca santo Domingo, y los testimonios más auténticos, más irrefragables lo testifican (1). ¿Dirá, por lo ménos: La casa de Loaysa y de Colon están en la mía? (2). Nada. Se rie de sí mismo, y previene á los suyos: *Proceded bien*. El buen proceder es lo importante. ¿Cómo procedería el que así hablaba? Sus padres, á la verdad, no le instruyeron en estos elementos de mundo. Los que forman la religion fueron los suyos. La explican en su presencia y la entiende. Le aplican á las letras y se aplica. El idioma nativo, el toscano, el latino le adornan luégo. Sus epístolas, ó italianas ó latinas, giran hasta Roma, y alguno de los eminentísimos es su correspondiente.

Ya fermenta su juventud y da un paso, al parecer, en vago, pero es en obsequio de la sociedad. Se decide por la profesion de las armas y vence los Alpes. Nació en tiempo de la guerra de sucesion. El ardor marcial de sus mayores, de aquellos capitanes, los Alfonsos, los Toribios, los Benitos, corría en sus venas y los imita (3). Sucesivamente satisface con decoro, ó sin nota de ignominia, las funciones de su estado, ya en el matrimonio, ya en el sacerdocio. Jamas se le tilda por la fuerza de propension al otro sexo. La fe pública está confiada á su mano, y jamas le hace traicion. Su conducta es formal, grave, apacible, humana. Tiene odio á toda cavilacion, y este odio se hereda felizmente. La trampa, la exaccion inicua son incompatibles á su honor. La codicia jamas le domina. Tiene proporciones para restituirse las rentas eclesiásticas, que pierde con la desgracia de uno de los suyos, y no da paso alguno. Insta el obispo Cartaginense, y resiste. ¿Trae, por último, escritas las preces para que firme? Es dócil y suscribe. La parcialidad, el incendio de las discordias, soplar el fuego de la irritacion, no, no es el genio de este

(1) Don Alfonso Perez Moñino fué comendador de Santiago, reinando don Alfonso XI. Don Toribio Perez Moñino, su hijo, fué caballero de la Banda, capitán de la nobleza de la ciudad de Trujillo y Cáceres, mantenida á sus expensas, en tiempo del rey don Pedro I. Don Alonso Perez Moñino, capitán de la misma nobleza, alcaide de Segovia, secretario y valido de Enrique II, caballero de la Banda. Su esposa, la excelentísima señora doña Beatriz Manrique de Lara.

Don Benito Perez Moñino, caballero de la misma orden, alcaide de Trujillo y Segovia, mayordomo mayor de Enrique III; y su esposa, la excelentísima señora doña Maria Enriquez de Guzman.

(2) Todo consta de la real carta ejecutoria expedida, en tiempo del mismo Enrique III, á favor de los señores Moñinos, y confirmada en el siglo presente, como de otros instrumentos fidedignos. Tambien los enlaces con las casas de Loaysa, Colon, Godoy, Torres y Trebiño.

(3) El capitán Benito Perez Moñino fué uno de los conquistadores de Orihuela; tambien su poblador. Se le consiguó el pago de Zeneta y Campo de Salinas. Militó en el siglo XIII, bajo las órdenes de don Jaime el Conquistador. Consta del Paterna Vellot y Almunia, que contienen los repartimientos de tierras, y obran en el archivo de la expresada ciudad.

ciudadano. Puede llamarse justamente el israelita sin doblez; *Israelita sine dolo*.

Mas ya Dios le visita con tribulaciones; ¿qué hará? Adorar luégo la mano que descarga el azote. ¿Una de sus hijas muy amadas se halla en el tránsito de morir? Pues ya este padre natural es el padre espiritual de la agonizante, á quien auxilia con entereza propia de un sacerdote extraño. Dios prohíbe que el sacerdote Aaron lllore la muerte de sus hijos Nadab y Abiu. Este sacerdote se lo prohíbe á sí mismo. Ya pierde otro de sus hijos en la flor de sus días y ricamente dotado. No hace extremos, se resigna; mas ¡oh, qué nueva tragedia! ¿qué gran torbellino viene á descargar sobre la vida y las esperanzas de Josef el jóven! ¿Qué hará el anciano Josef? ¿Ha de exclamar, como el otro patriarca, no ménos anciano; ha de exclamar, trasportado y fuera de sí, como aquél: ¡Oh mi Dios! la fiera cruel, la gran bestia de una enfermedad voracísima quiere despedazar ó ha despedazado ya á Josef el amado? *Fera pessima, bestia devoravit Joseph* (4). ¿Ha de rasgar sus vestidos, llorando por mucho tiempo, como aquel patriarca? ¿Ha de proferir, como éste, al contemplar otra desgracia: Sin duda eres, hijo mio, el principio de mi dolor? No, señores; á pesar de su pena, escribe á una de sus hijas, entónces ausente, exhortando se arme de conformidad, porque en breve le escribirá sobre la muerte de su propio hermano.

Ved aquí el hombre que se ama á sí mismo, que está en la posesion de sí mismo, que en todas sus edades, estados, profesiones, variaciones, parece que no sale de sí mismo. ¿La moral, ó de Séneca, ó de Plutarco, ó Ciceron, ó Sócrates, ó Cenon, ó Platon, no se ve aquí practicada, ó diré mejor, la moral del Evangelio? Este hombre siempre es la ley de sí mismo, y su amor le da la ley. Lo que dice san Pablo de los gentiles, articularé yo de este filósofo cristiano en sentido más ventajoso: *Sibi ipsi sunt lex*.

¿Este amor de sí mismo, os parece, señores, muy dulce y fácil? Si lo es. ¿Cómo son tan pocos los que se aman, tan muchos los que se aborrecen? El desórden del amor, ¿qué viene á ser sino el odio más pernicioso contra nosotros? ¿Se ama, por ventura, el que estraga la salud en obscenos deleites? ¿El que, arrebatado de cólera, ó enferma, ó muere, ó quiere matar? ¿El que, por bandos, partidos, discordias, vive en la region de la inquietud? Éstos se aman á sí mismos con odio cruel; porque aman la pérdida de la hacienda, de la fama, de la vida y del alma. Quien así ama, ciertamente ama su perdicion, y en el mismo sentido dijo san Juan: *Qui amat animam suam, perdet eam*.

El caudor, sin duda, vivir de la profesion, la buena fe y la fe de la eternidad, contenian en efec-

(4) *Levit.*, cap. x; *Gen.*, cap. xxxvii; *Gen.*, cap. xlix. *Primogenitus meus principium doloris mei*.

to las pasiones de este filósofo, y en bello órden su amor. Mas ya una de estas pasiones, la más violenta, y que debía ser la dominante, se arroja para trastornar toda su filosofia. La gloria de la ambicion le ataca por todas partes. Intenta sumergirlo en mares procelosos y hasta el abismo. Ya temo que va á peligrar su constancia, y á corromperse aquella su inalterable serenidad. ¡Oh escollos de la grandeza humana! ¿Qué sin número de víctimas sacrificais cada día! El señor Moñino admira una grande escena. Amanece la aurora en su casa. Le cantan motetes los ruiséñores. Todas sus estancias se trasforman en hermosos y floridos jardines. Puede blasonar, como el otro anciano Jacob, que su primogénito es el primero en los dones, y en el imperio el mayor: *Primogenitus meus, prior in donis, major in imperio* (1). Puede gloriarse que un Carlos ha querido entienda la Europa entera que Josef está declarado por el alma de los negocios de la nacion: *Propositum esse scirent universæ terræ Egipti* (2). Aquí, abandonada la filosofia, deberá formar proyectos y acercarse al trono, como la madre del sabio en el pueblo de Dios. Deberá, por lo ménos, apeteer la córte, para ver y gloriarse en la elevacion del fruto de sus entrañas.

Esto, por lo ménos, le era muy lícito, sin lastimar la filosofia cristiana, porque el justo puede usar de las felicidades del siglo, con accion de gracias al Todopoderoso: *Qui utuntur hoc mundo, tanquam non utantur*. Quiere, sin embargo, ser austero, renunciando las permisiones de la santa religion, y aun se priva de lo que juzgó á propósito concederse Jacob. Este patriarca se abstiene (es mucha verdad) de hacer extremos y ostentar placeres en virtud de las noticias del Egipto que anunciaban las exaltaciones de su Josef; mas no resiste al deseo de verle, y de ir á la córte para gozar su presencia. Logra este regocijo y exclama: Moriré alegremente, porque ya he conseguido ver el rostro del amado: *Jam lætus moriar, quia vidi faciem tuam* (3).

Esta primera vista fué en el territorio de Gessen; aquí se conferencia sobre la política que se ha de observar en la córte, qué palabras se han de exponer en el acto de presentarse al Monarca, para conseguir la gracia de hacer suya la tierra pingüe de Gessen. Ya, con efecto, presenta aquel hijo la ancianidad de su padre al pié del trono; el Rey le habla con dulzura, dignándose preguntarle por su edad. Mas oida su respuesta, y obtenido el permiso de retirarse, derrama el santo patriarca mil bendiciones sobre el alma del Soberano. ¿Y el señor Moñino? Muere como víctima de su moderacion. En el espacio de ocho años ha tenido oportunidad de ir á la presencia del mayor de los monarcas, ó de hacer, por lo ménos, frecuentes visitas al Ministro

(1) *Gen.*, cap. xlix.

(2) *Cap.* xli.

(3) *Cap.* xlvi.

de Estado. No las hace, se abstiene, y muere alegre como si las hubiera hecho. ¿Ha pretendido acaso viajar con este designio? Si lo hubiera intentado, ¿hallaría obstáculos en la política sana y sencilla de un ministerio á quien da movimiento la humanidad? Sus fuerzas y salud ¿no fomentarian estos pensamientos? Si descubre una ú otra vez como exhalacion fugitiva al que viene de Roma con todos los conocimientos de la diplomática y con todos los sabios gustos de aquella córte eclesiástica, ¿cuál es la opinion del venerable anciano? Manifestar con sales festivas que es humo toda grandeza, y que únicamente tiene de sólido ser útil por ella á los pueblos y á las provincias.

Mas, ya que no resuelve dar á su corazon esta gloria transitoria, ¿se facilitará alguna otra en el país? ¿ó tertulias sábias, ilustres, ó lujo y pompa en los vestidos, en los banquetes, en las carrozas, en el gran cortejo de criados, ó bien hará de personaje entre sus compatriotas? ¿Les dirá acaso: Amigos y ciudadanos, soy más dichoso que el padre, ó de Richelieu, ó de Mazarino, ó de Kaunitz, ó de Perenot, ó de Cisneros? Sus padres no cifieron la diadema de verlos dar impulso á las monarquias; con todo, el Dios de las misericordias ha reservado para mí esta corona. Por lo ménos, ¿estará haciendo alarde de que su casa es visitada, ó de los príncipes de la Iglesia, ó de los generales del ejército, de los embajadores de Francia, Alemania, Rusia y enviados de Marruecos? ¡Ah señores! no da permiso á su vanidad para que respire. La oprime, la reprime, y la misma naturalidad con que corteja á estos varones esclarecidos es la gran prueba de su filosofia. Siempre manifiesta el mismo estado, el mismo órden de cosas, el mismo hombre y el inalterable amor de sí mismo. Permitid, pues, le acomode aquellas palabras del Apóstol: *Tu autem idem ipse es*. Tú eres dos veces el mismo. Una entre las exaltaciones, otra entre las adversidades. *Idem ipse*. Porque verdaderamente amas el estado antiguo de tu carne en toda vicisitud y variacion. La filosofia del profeta Isaias, *Carnem tuam ne despereris*, es tu moral cristiana. A consecuencia niegas tus deseos á la gran novedad de derramarse en los placeres: *tamquam non utantur*.

§ III.

¿Y será por esto, señores míos, un filósofo al modo de Diógenes, ó un solitario de la Tebaida ó desiertos de Nitria ó de Ciro? Nada de esto; vivía en sociedad y amó la sociedad en que vivía. Para hacer santo el amor de sí mismo, quiere enlazar á los ciudadanos en su amor. La máxima de Jesucristo: Así como te amas debes amar tus prójimos, *Diligis proximum tuum sicut te ipsum*, parece que era su gran máxima. Esta filosofia del